

Filosofía para Sofía

Alberto Luis González Guanes

Alberto Luis
González Guanes

Filosofía para *Sofía*



Capítulo 1

Capítulo I — Demasiadas preguntas

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén —Sofía se relaja por completo y cae en el más profundo sueño.

Desde pequeña mantiene la costumbre terminar el día rezando el Ave María. No posee el mismo fervor religioso que el resto de su familia, pero siempre admiró a María como mujer y como madre. Además, rezar le genera la necesaria serenidad para conciliar el sueño rápidamente.

Era la segunda vez, sin embargo, que la oración se tornaba diferente de principio a fin. Recurrente por momentos, se aceleraba y de golpe se detenía; y en ambos casos había culminado con una inhalación y exhalación profundas, antes de sentir que su cuerpo se relajaba por completo.

Era fácil identificar la serenidad en su rostro, pero había algo más. Algo más que evidentemente la hacía sentirse diferente. Pero no era momento para ponerse a pensar. La única idea que se cruzaba en su cabeza era aprovechar esa sensación, de profundo relax, para descansar.

—Sofía, a desayunar. —Resuena la voz de su hermana Evangelina en toda la habitación, como todas las mañanas.

Sofía se despierta de buen humor, algo poco usual en ella, diría su familia. Se despereza y, casi de forma inmediata, le viene a la cabeza el extraño sueño que volvió a repetirse anoche. La distrae una sensación incómoda por debajo de la sábana. Observa el calendario a un costado de su escritorio. Queda claro que su período no puede haberse adelantado tanto. Con cierta extrañeza, revisa su ropa interior y confirma que va a necesitar cambiarla.

—¿Las mujeres también podemos tener poluciones nocturnas? —Se plantea con una notable expresión de asombro en su rostro.

No está segura de cómo debería reaccionar. Ni siquiera sabe si debería reaccionar de alguna manera, pero la conmoción la obliga a buscar respuestas, incluso con una pizca de preocupación; aunque tampoco

puede evitar comenzar a reírse de manera desvergonzada.

—Si se trató de un sueño ¿Por qué no puedo recordarlo? —intenta rescatar al menos algo de aquello que pudo haber soñado, pero nada le viene a la mente. Solo recuerda la oración, la incomodidad que le sobrevino en ese momento y ciertas imágenes difusas. Una sonrisa se plasma en su rostro al revivir vagamente la sensación placentera que acompañó a toda esa escena.

—Creo que estoy entendiendo. —Piensa para sí, con notable asombro—. Lo de la semana anterior y lo de anoche no fue un sueño.

Mientras cepilla sus dientes, se mira al espejo, formulándose toda una serie de preguntas.

—¿Será normal? ¿Les ocurre a todas las mujeres? ¿Evangelina habrá pasado por lo mismo? —Se cuestiona.

Comienza a recordar detalles de la charla que el año pasado dieron en el colegio sobre “el correcto manejo de nuestro cuerpo y nuestra mente en la adolescencia”. En formato de sermón y enmarcado en el área de Catequesis.

—¿En verdad es un pecado la masturbación? —La duda se plasma en la expresión de su rostro, recordando más detalles de aquella charla que en su momento había calificado como tendenciosa, insignificante y de escaso aporte.

¿Iré al infierno realmente? ¿Me convertiré en una ninfómana? Son demasiadas preguntas y nadie que pueda respondérmelas. —Se lamenta.

Durante el desayuno de aquel jueves de primavera, Sofía se mantiene dubitativa, aunque nadie de su familia va a notarlo. Antes de comenzar las actividades del día, es costumbre desayunar todos juntos, aunque cada uno mantiene la atención en “su mundo”.

El diario matutino resulta infaltable frente al rostro del señor de la casa, hombre serio y de rasgos marcados a quien todos llaman José. Su madre, de nombre Sara, no para de ir de la cocina al comedor y viceversa, llevando y trayendo cosas para que no se genere desorden. Es abogada, como su marido, aunque desde que abandonó el ejercicio de la profesión se autodefine como ama de casa y siempre tiene algo para hacer, lo que prácticamente le impide estar sentada; reclamo que José le suele remarcar, pero las escasas veces que se acomodan uno junto al otro no modifica en nada el panorama de desconexión entre ambos. Evidentemente, Sara y José conforman un matrimonio distante y frío.

Su hermana Evangelina, por otra parte, es dos años mayor y tiene otorgado el título de "hija perfecta". Siempre sobresaliente en el estudio, tiene pensado seguir la carrera de abogacía y nunca se ausenta los domingos a misa. Además, los sábados se desempeña como catequista en la Parroquia Nuestra Señora de Fátima, adonde concurre la familia; diferencia notable con Sofía, quien suele excusarse buscando evitar las salidas dominicales, inventando algún malestar o compromiso como pretexto. Según ella, la misa suele tornarse aburrida. Si bien se considera creyente, desde pequeña ha cuestionado internamente diversos aspectos de la religión y la Biblia. Cuestionamientos que, sin embargo, nunca sintió que podía manifestar libremente en el hogar, en el colegio o, mucho menos, en la Parroquia.

Mientras terminan el desayuno, las preguntas en la cabeza de Sofía se siguen incrementando.

—Es evidente que la adolescencia es un mar de dudas. Esa maldita costumbre de llenar mi cabeza de preguntas. —Se cuestiona con cierto malestar.

Por un momento, se le cruza la idea de hablar con Evangelina sobre lo que le está pasando, pero recuerda lo poco interesante que resultó la conversación hace unos años sobre la menarca o, como lo llaman de forma disimulada, el "hacerse señorita". A Evangelina le agrada asumir el rol de hermana mayor, pero Sofía no confía en que pueda ayudarla; sobre todo con ese perfil de mujer puritana que la caracteriza, herencia directa de su madre, lo que la lleva a eliminar por completo a las dos mujeres más cercanas.

—¿Podría una mujer puritana responder preguntas sobre masturbación?
—Piensa de forma sarcástica mientras observa detenidamente a su hermana.

—¡Sofía podes apurarte que llegamos tarde! —La regaña en voz alta Evangelina quien se dirige al automóvil.

La misma rutina se hace presente todas las mañanas. El padre lleva a ambas hijas al colegio antes de concurrir a su estudio jurídico, ubicado en el centro de Adrogué, donde pasará el resto del día. Su madre se recluirá en la inmensa casa de dos plantas, ordenando y limpiando lo que en realidad nunca llega a desordenarse.

Durante el viaje, Sofía continúa buscando opciones de personas que puedan ayudarla a despejar sus dudas. Observa desde el asiento trasero la cabeza calva de su padre y le sobreviene a la memoria una escena de la película "Nada que esconder", donde una joven llama por teléfono a su padre para que la aconseje frente a la inseguridad que siente al tener que decidir sobre si acceder o no a su primera noche de intimidad. Lamenta

que su padre sea lo opuesto a aquel vínculo de confianza, sobre todo en lo que respecta a sexualidad. En el hogar, el sexo es un tema tabú y se presupone que tanto ella como su hermana tendrán una boda donde lucirán un hermoso vestido blanco, representando la pureza en cuerpo y alma. Escena que irá acompañada, desde el punto de vista de su padre, por un novio ferviente católico y económicamente exitoso. Una característica que resalta en su padre y que desencadena un profundo rechazo en Sofía, es la idea de creer que el éxito en la vida se logra a través de un buen posicionamiento económico. Como si la felicidad estuviera asegurada al conducir un auto alemán, lucir vestimenta cara y ser propietario de la casa más imponente de todo el barrio.

—Sofía ¿Estás bien? —pregunta su padre, quien la observa desde el espejo retrovisor.

—Si. Si —responde, mientras intenta reubicarse en tiempo y espacio, percatándose que están estacionados en la vereda del Colegio y Evangelina se encuentra casi ingresando al edificio.

En el Colegio Mater Dei, Sofía es una más del grupo de alumnas que conforman 4º año. La mayoría de sus compañeras son los mismos rostros que se repiten desde primer grado. Las personalidades no son las mismas de aquellas niñas de antaño, aunque hay rasgos que se mantienen en todos los casos. La introversión y seriedad en Sofía son características, aunque Valentina, la única compañera con quien ha desarrollado una profunda amistad desde niñas, diría que con ella es por demás extrovertida.

Antes de ingresar a las aulas, es la madre superiora quien encabeza la oración durante las mañanas. Con mirada insistente y gestos por doquier, Sofía le hace notar a Valentina la necesidad de hablar urgentemente, incluso antes del primer recreo. Le señala la puerta del salón de actos ubicado en la planta baja, lugar donde suelen esconderse para hablar, aunque pocas veces han evadido una clase completa y, para colmo, en la primera hora.

Mientras todas las alumnas se dirigen a sus respectivas aulas, Sofía tironea a Valentina del brazo, desplazándola hasta el final de la fila y escapando de la mirada de todos para ingresar al salón de actos.

—¿Qué te pasa? —pregunta Valentina con cara de desconcierto.

—¡Necesito hablar. Necesito contarte algo que me está pasando!

—responde Sofía mientras suben las escaleras para ubicarse detrás del escenario.

—¡Por lo apresurada que estás supongo que es importante! Si nos descubren las hermanas, sabes que vamos a estar en graves problemas.

—Le recuerda Valentina, en voz baja.

—Si, si, lo sé. Pero es importante y necesito que me ayudes. —Sofía se queda en silencio pensando durante unos segundos.

—¿Y...? —La increpa Valentina que está más desconcertada que antes por las raras actitudes de su amiga.

—¡Espera! Es que no sé por dónde empezar. —Una mezcla de ansiedad y desorden en las ideas desencadena en Sofía mayor inquietud.

—¿Decime al menos de qué se trata? —Insiste Valentina.

—Es que es un tema del que nunca hablamos. No sé si vos sabes. No sé si me podes ayudar. Quizás tampoco sepas demasiado, pero necesito que me ayudes a pensar. Son muchas preguntas y nadie que me las pueda responder. No sé si se va a repetir cada tanto o va a ser cada vez más frecuente. No sé si es normal o puedo volverme loca.

Sofía comienza un monólogo mientras camina de un lado a otro, casi olvidándose de la presencia de su amiga. La verborragia y la distracción de Sofía hacen que Valentina comience a sentirse intranquila.

—Sofía ¿Podes dejar de caminar de un lado a otro y decirme claramente qué te está pasando? —La vuelve a increpar Valentina, esta vez en voz alta.

—¡Masturbación! Eso me pasa. —La voz de Sofía retumba en todo el salón de actos, produciendo un eco que lentamente se desvanece.

Las dos quedan petrificadas por unos segundos, comenzando a reír al notar que nadie logró escucharlas. Valentina toma una colchoneta que encuentra sobre una mesa y la deposita en el suelo. Se sienta e invita a Sofía a ubicarse a su lado, demostrando interés en lo que le sucede y esperando escuchar el relato de su amiga.

—Exactamente ¿A qué te referís con masturbación? —Indaga Valentina, tratando de generarse una idea de la situación.

—Anoche, me pasó lo mismo que la semana pasada. —Comienza a relatar Sofía.

—¡Si la semana pasada no me contaste nada! —La interrumpe Valentina.

—No. No te conté nada porque pensé que había sido un sueño raro y nada más, pero anoche se repitió. Me acordé de lo que alguna vez leí sobre

poluciones nocturnas.

—¿Poluciones? Me suena a contaminación. —La interrumpe nuevamente Valentina.

Sofía la mira con extrañeza y se percata de no haberse dado cuenta que realmente ese es el significado de polución.

—¡Podes esperar Valentina! —intenta retomar sus ideas y continúa— Las poluciones nocturnas son sueños eróticos, sensuales, sexuales o como quieras llamarlos. Son sueños que se viven como muy reales y se llega incluso al orgasmo. Pero traté de rescatar algo de ese sueño y me di cuenta que en realidad todo pasó antes de dormirme.

La mirada de Valentina sigue expresando desconcierto. Como si no estuviera comprendiendo e intentara hacérselo notar a su amiga.

—Te explico —continúa Sofía—. Todas las noches hago un repaso de todo lo que me sucedió en el día. Después rezo el Ave María y automáticamente me duermo. Pero anoche fue diferente y aunque traté de rezar y dormirme, evidentemente pasaron otras cosas.

—¡Sigo sin entenderte Sofía! —La cuestiona Valentina quien no logra comprender nada de la situación.

Sofía trata de detener la lluvia de ideas que se atraviesan en su cabeza y comienza nuevamente el relato, esta vez de forma pausada.

—Anoche me acosté y me puse a pensar en todo lo que me había pasado en el día. Me acordé que a la tarde fuimos a educación física y cuando nos cruzamos con los chicos de futbol, Chris me saludo tomándome de la mano y haciéndome una reverencia, con esa sonrisa que me vuelve loca. Me detuve a pensar en él y en la sensación que me produjo cuando me tomó de la mano. Al rato me empecé a sentir inquieta y acalorada, traté de dejar de pensar y empecé a rezar el Ave María, para dormirme —relata Sofía y continúa—. Lo que puedo recordar es que recé varias veces, que en mi cabeza seguía dando vueltas Chris y yo no podía dejar de sentirme inquieta. De hecho, creo que mis manos estaban entrelazadas para rezar pero no a la altura del vientre sino que las tenía entre mis piernas.

Valentina comienza a reír tapándose la boca con ambas manos, generando la misma reacción en Sofía, quien comienza a ponerse colorada al caer en la cuenta de los detalles. Era la primera vez que le otorgaba a Chris un papel central en lo que le estaba pasando y confirmaba lo que, en realidad, ya sabía: estaba cada vez más enamorada.

—Lo único que puedo decirte es que si estuviéramos en otra época te

hubiesen quemado en la hoguera por mezclar oración con masturbación
—acota Valentina mientras continúa riéndose de su amiga.

Capítulo 2

Capítulo II — María Magdalena

—Son demasiadas preguntas, no solo con ese tema sino también con Chris y todo lo que me pasa con él. Ya me invitó a salir dos veces y le dije que no; si lo rechazo una tercera sé que va a dejar de insistir, y no quiero eso. No sé a quién preguntarle. Ya descarté a mi hermana y a mi mamá porque dudo que pueda hablar de sexualidad con dos puritanas. La opción que me queda es sacar turno con una ginecóloga y tratar de ir sin que se entere mi familia —le explica Sofía como resolución lógica a tantas dudas.

—¿Seguís negándote a buscar información en internet? —La cuestiona Valentina.

—Reconozco que internet es útil. No, no me niego —le aclara—. Pero me enerva el sin fin de información, incluso a veces contradictoria. Además, no es lo mismo que poder hablar con una persona que sabe del tema y a la que le puedes repreguntar a medida que te surgen las dudas. Por eso una ginecóloga me parece lo más lógico.

—Tu tía Magdalena, la hermana de tu mamá ¿No me dijiste que era ginecóloga? —pregunta Valentina.

Sofía se sorprende de no haber pensado en ella. Lógicamente, la distancia, la falta de relación, la historia familiar y, principalmente, el rechazo de su padre hacia su tía, la llevaron a no tomar en cuenta a Magdalena.

—Sí. No había pensado en ella. Es ginecóloga y obstetra —aclara Sofía.

—¿Obstetra? —expresa Valentina, asombrada.

—Sí. Obstetra ¿Por...?

—No sé, me sonó raro. Me habías contado que de joven tu tía se había hecho un aborto; y ahora se dedica a traer bebés al mundo. Es raro. —Le remarca Valentina con expresión de desconcierto.

—Sí. Yo también lo pensé. Escuché decir a mi papá que lo hace porque la carcome la culpa. En realidad no conozco todos los detalles de la historia, se supone que mi hermana y yo ni siquiera estamos al tanto del aborto de mi tía. La historia que nos contaron es que Magda quedó embarazada a los 19 años y perdió el bebé. Mi abuelo no pudo aceptar que quedara embarazada a esa edad y sin estar casada y la echó de la casa para

siempre. Fin de la historia.

—¿Y vos cómo sabes que fue un aborto? —indaga Valentina.

—Todo lo que sé de mi tía Magdalena salió de la boca de mi padre y de mi madre. Y no porque me lo contaran, sino por escuchar conversaciones.

Valentina se inclina hacia adelante y se acomoda en el suelo prestando mayor atención; mientras su amiga se dispone a contarle detalles de lo que nunca había podido hablar con nadie.

—Mi papá siente un profundo rechazo por Magda. Según él, utilizó a mi madre como cómplice para terminar con su embarazo, y desde ese momento y por su culpa se destrozó la familia. En esa época mamá y papá ya se conocían de la iglesia, aunque sólo eran amigos. Él dice que después de aquel episodio mamá dejó de ser una persona alegre, se alejó de las amistades y perdió todo interés. Si no estaba en su casa, estaba en la escuela o en la iglesia. Lo escuché decir alguna vez a papá que conquistó a una mujer triste, con la ilusión de devolverle la alegría, pero que nunca lo había logrado.

—¿Y para tu papá todo fue culpa de tu tía? —pregunta Valentina.

—Es que el embarazo y el aborto de Magdalena fue un detonante en la familia. Mi abuelo, que al parecer era un hombre cerrado y agresivo, fue determinante y echó a su propia hija de la casa. Mi mamá perdió a su única hermana y mi abuela, que supongo no tenía otra opción, más que someterse a la voluntad de mi abuelo, sintió que la condenaron de por vida. Mi abuelo nunca le permitió volver a ver a Magdalena. —El tono de voz de Sofía expresa una cierta amargura.

—¿Y tu abuela aceptó eso? —Se sorprende Valentina— ¿Nunca más volvió a ver a su hija?

—Creo que la veía a escondidas de mi abuelo, pero desconozco esa parte de la historia. Sinceramente me gustaría saber cómo fueron realmente las cosas. Pero con mamá es imposible hablar estos temas. —Se lamenta Sofía.

—Y vos ¿Cómo sabes que no perdió a su bebe y que en realidad fue un aborto?

—Escuché una conversación entre mi papá y su socio y amigo, donde le relataba los detalles. Después de terminar el secundario, mi tía Magda comenzó a trabajar y a estudiar medicina. Le gustaba ser independiente y sus ingresos le alcanzaban para hacer lo que quería. Se compraba ropa, elegía como vestirse y cada tanto salía a bailar, lo que a mi abuelo le molestaba y generaba muchas discusiones entre ellos. Magdalena no daba

el brazo a torcer y lo desafiaba siempre. Mi abuelo solía ponerse violento y hasta amenazaba con echarla de la casa, lo cual no sucedía por intervención de mi abuela que siempre quedaba en el medio de las discusiones. —La expresión de Sofía se torna triste y pensativa.

—¿Y todo porque tu tía se vestía como quería y salía a bailar?! —opina Valentina con una mezcla de asombro y bronca.

—Por eso el embarazo y todo lo que vino después fue imperdonable y Magdalena tuvo que irse para siempre. Mi abuela ni siquiera atinó a intervenir sino ella también iba a parar a la calle.

—¡Ah... no! —expresa con furia Valentina—. Yo agarro a mis hijas y me voy.

—Sí. Yo cuando lo escuché pensé lo mismo —le aclara Sofía—. No entendía por qué mi abuela no hizo eso. Pero creo que para ella las cosas eran muy difíciles. Ella siempre se dedicó a la casa y a su familia. No tenía ningún ingreso y supongo que también le tenía miedo a mi abuelo.

—Pero ¿Cómo se enteró tu abuelo del embarazo? —indaga Valentina, quien se apresura para conocer detalles de la historia.

—Del embarazo nunca se enteraron. Ellos recibieron la noticia de que Magdalena se había realizado un aborto, provocándole una descompensación. Fue atendida en el Hospital Ramos Mejía donde iba a quedar internada hasta recuperarse. Mis abuelos recibieron el llamado del hospital.

—¿Cómo?! —Valentina no sale de su asombro.

—Una mañana mi madre y mi tía se fueron juntas. En un lugar clandestino de la Capital, Magdalena se hizo el aborto y a los pocos minutos las echaron del lugar. Algo había salido mal porque comenzó a perder mucha sangre y se descompensó. Por suerte, estaban cerca del Hospital Ramos Mejía y allí pudieron parar el sangrado y recuperarla. Del hospital se comunicaron con mis abuelos para ponerlos al tanto de la situación. Son detalles que conozco por haber escuchado conversaciones de mis padres —le aclara Sofía.

—¿Y tu abuelo fue al hospital? ¿Cómo reaccionó al encontrarse con tu tía? —pregunta Valentina con tono preocupante.

—Mis abuelos fueron al recibir el llamado, pero cuando llegaron al hospital les dijeron que Magdalena y mi mamá se habían escapado. Supongo que tuvieron miedo a la reacción de mi abuelo, por eso dejaron pasar un par

de días antes de regresar a la casa.

—Y en ese momento ¿Qué pasó? —La apresura Valentina.

—En realidad no pasó nada que ya no supieran de antemano. Antes de regresar, Magdalena ya se había comunicado con mi abuela. Ella le dijo, llorando, la decisión que había tomado mi abuelo: Tenía que irse de la casa y olvidarse de que alguna vez había tenido una familia. —Sofía agacha la cabeza y se queda pensando.

La expresión de Valentina pasa de la sorpresa a la tristeza. Sus ojos están vidriosos y trata de contener las lágrimas. Se queda en silencio junto a su amiga tratando de imaginar la situación. Piensa en todo lo que pudo haber pasado Magdalena en ese momento de su vida, con sólo 19 años. El silencio se rompe cuando Valentina busca conocer más detalles de la historia.

—¿Tu tía se fue y nunca más volvió? ¿Tu abuelo nunca la perdonó?

—Mi tía pasó a ser una mujer independiente y sin familia. De hecho, nunca llegó a formar su propia familia. Antes de morir mi abuelo, cuando ya estaba internado, le pidió a mi madre que la llamara a Magdalena, que necesitaba hablar con ella.

—¿Después de rechazarla toda la vida? —Valentina no para de sorprenderse.

—Sí. Pero Magda fue a verlo al hospital y pudieron hablar. Esa misma noche mi abuelo murió.

—¿Y qué fue lo que le dijo tu abuelo?

—Esos detalles tampoco los conozco —se lamenta Sofía—. Estoy segura que mamá sabe lo que hablaron pero es imposible mencionarle estos temas; la ponen muy mal. Ya pasaron tres años de la muerte de mi abuelo. Desde entonces, mamá llama a Magdalena para que pase la navidad con nosotros. Son las únicas tres veces que la vi en mi vida.

—¿Por qué solo en navidad? —la cuestiona Valentina.

—Es el acuerdo al que pudieron llegar mamá y papá, ya que él se negaba a integrarla a la familia. Mi papá mantiene el mismo punto de vista que tenía mi abuelo, que hizo algo imperdonable y que no respetó los principios familiares. Fue una gran discusión con mamá en ese momento, hasta que él tuvo que ceder porque ella había dejado de hablarle. De todas formas, el ambiente en las navidades no es muy agradable; mi papá

no recibe a mi tía muy amablemente —le aclara Sofía.

—Y ¿Cómo es Magdalena?

—Siempre fue muy atenta —Sofía sonríe—. Nos trae regalos, trata de ser simpática y agradable, aunque Evangelina tampoco tiene intenciones de formar un vínculo, piensa igual que papá y la condena por su historia. A mí me cayó muy bien desde la primera vez. Por todo lo que había escuchado de ella, pensé que conocería a un monstruo, pero la primera impresión fue todo lo contrario. Tiene una sonrisa y una mirada muy cálida y apostaría que es una persona transparente. No hablamos mucho en las navidades, de hecho ella habla muy poco, pero creo que es por la tensión que genera mi padre en el ambiente.

—¿Por qué no te animas a hablar con ella de lo que te está pasando?
—expresa Valentina con entusiasmo—. Te cae bien y es ginecóloga, ella sin duda puede ayudarte. Sería agradable que pudieras tener un vínculo.

—Sí. Quizás tengas razón —Reflexiona Sofía—. Pero si se llega a enterar papá voy a estar en serios problemas; para él es una deshonra que mi tía comparta una reunión familiar, por más que sea una vez al año. Imagínate si se entera que su hija menor comparte sus cosas más íntimas y además le pide consejos.

—Tu mamá ¿No podría ser tu cómplice?

—La metería en problemas a ella también si papá se enterara. Además, a pesar de que mamá desearía que su hermana estuviera más cerca de nosotros, las pocas veces que habla por teléfono con mi tía siempre se encierra a llorar durante horas y la tristeza le dura varios días. Sé que también hay cuestiones entre ellas que nadie sabe.

—¿A qué te referís? —Indaga Valentina.

—Hace un tiempo intenté escuchar una conversación telefónica y mamá le decía algo así como que la culpa la sentía todos los días y que la iba a acompañar toda la vida. Y que muchas veces, cuando mi papá denigraba a Magdalena, se mordía los labios para no decirle toda la verdad.

—No entiendo ¿A qué se refería? —pregunta Valentina con desconcierto.

—Esa es la gran duda que tengo. Sólo sé que hay algo en la historia entre ambas que nadie conoce. —La mirada de Sofía se pierde, intentando razonar lo que sabe que no puede responder.

—¡Me dejas con la intriga! —Valentina suma su interés en la duda.

—Siento lo mismo y muchas veces me quedo pensando qué otras cosas pudieron haber pasado entre ambas. Me gustaría saber al menos por qué motivos mamá siente culpa cada día de su vida ¿Qué lleva a que una persona, una mujer, se ate eternamente a la culpa y no pueda resolver una parte de su historia? —Se cuestiona Sofía, y continúa—. En el caso de mi tía, es evidente que pagó muy caro por todo lo que ocurrió, ya que perdió a su familia. Pero mamá ¿Qué fue lo que hizo que la lleva a sentirse eternamente culpable?

—¿Ser cómplice de tu tía? —Intenta Valentina plantear una respuesta.

—Puede ser. Eso lo pensé, pero a qué se refiere con tener que morderse los labios para evitar decirle toda la verdad a mi padre. Hay fragmentos que me están faltando, tiene que haber algo más entre ellas y necesito conocer esa parte de la historia —El tono de voz de Sofía suena determinante—. Si quiero ayudar a mamá a superar la culpa tengo que conocer los motivos que la llevan a sentirse de esa manera.

—Dijiste que con tu mamá es imposible hablar de la historia familiar —le recuerda Valentina—. La opción que te queda es empezar a vincularte con tu tía, aunque sea a escondidas. Si entre las dos se genera confianza, vas a poder sacarte esa duda y es más probable que puedas ayudar a tu mamá. Además, Magdalena puede ayudarte con las cosas que te están pasando a vos.

Sofía mira a su amiga con expresión de alivio. Evidentemente le sirvió la charla, más allá de que aún no haya podido despejar ninguna de sus dudas. Pero más fructífero le resultó poder hablar de la historia familiar y de cuestiones que nunca había podido compartir con nadie.

—Gracias Valentina —le expresa Sofía con una sonrisa en el rostro, mientras abraza fuertemente a su amiga.

Capítulo 3

Capítulo III – El llamado

En la mente de Sofía las preguntas se siguen incrementando. Ahora no solo en relación a la sexualidad, el amor y las cosas que le suceden; por alguna razón, la historia familiar comienza a ganar más espacio en su cabeza.

—¿Estoy preparada para saber cosas de la historia familiar que siempre me ocultaron? —Se cuestiona, y continúa pensando— ¿Cuántos secretos habrá en mi familia? ¿Acaso está mal que quiera saber más, siendo que soy parte? ¿Que decida no condenar a mi propia tía y elija escucharla, conocerla, saber qué piensa, qué siente? ¿No es solo Dios quien condena? ¿Por qué en cada familia existe esa persona que es parte, pero que en realidad no lo es? ¿Puedo sentirla como mi tía si solo comparto una incómoda cena una vez al año?

Con el teléfono en la mano, Sofía camina de una punta de su habitación a la otra. Sabe que va a llamar a Magdalena, la decisión ya la tomó, pero también sabe que puede estar abriendo una caja de Pandora. No son pocos los detalles que tiene de la historia familiar pero es consciente de que hay muchos más y, sobre todo, que pone en juego la relación con sus padres o, mejor dicho, con su padre.

—En definitiva —piensa—. Tengo derecho a saber sobre aquello de lo que soy parte. Tengo derecho a saber sobre la historia familiar.

Suspirando profundamente, se sienta en la esquina de su cama, toma el teléfono celular y llama. Del otro lado responde una voz muy suave.

—¡Hola, tía! —Se apresura a responder Sofía.

Magdalena se queda en silencio por unos segundos. Está confundida. Atinó a responder “equivocado” pero algo la frenó. La realidad es que jamás había recibido un llamado de alguien que la mencionara de esa forma.

—¿Quién habla? —Responde Magdalena tímidamente.

—Soy Sofía, la hija menor de Sara ¡Disculpame que te moleste!

—Hola Sofía. Es una gran sorpresa ¡Jamás sería una molestia! —El tono de voz de Magdalena se torna dulce y expresa una mezcla de alegría y

emoción que intenta contener.

—¿A qué se debe tu llamado? ¿Están todos bien? —Se apresura a preguntarle Magdalena al caer en la cuenta del inusual llamado.

—¡Sí. Sí. Estamos bien, no te preocupes! —Responde inmediatamente Sofía al notar el sobresalto en su tía—. En realidad te llamaba para ver si podías ayudarme con algunas cosas que me están pasando. Tienen que ver con mi edad y con crecer, supongo. Como vos sos ginecóloga, estoy segura que podrías aclararme algunas dudas. Si en algún momento dispones de tiempo, podríamos encontrarnos para charlar.

Nuevamente Magdalena se queda sin respuesta. La propuesta de Sofía la toma por sorpresa y ésta vez la emoción la lleva casi hasta las lágrimas. Siempre se había lamentado no haber podido formar una familia, ni poder compartir las cosas simples de la vida con alguien cercano, de su propia sangre. El paso de los años le había hecho perder toda esperanza y ya no esperaba ningún llamado, ninguna propuesta.

—Si no tenes tiempo no hay problema. No quiero complicarte. —Se apresura a aclararle Sofía tras no recibir respuesta.

—¡Sí, me encantaría verte! —La emoción en su tía se hace evidente—. Pero, tu mamá y tu papá ¿Están al tanto? —Pregunta Magdalena casi en secreto.

—En realidad, no —le aclara Sofía—. Vos sabes que papá, eh... —Intenta dar una explicación pero no le salen las palabras.

—Sí, lo sé —La interrumpe Magdalena al notar su incomodidad—. Lo hemos hablado con tu mamá y tengo claro que tu padre prefiere mantener distancia.

—¡Exacto! Pero eso no quita que yo prefiera otra cosa y que pueda empezar a tomar decisiones propias —le aclara Sofía en tono seguro.

—Me haces acordar a cuando tenía tu edad con esas respuestas.
—Expresa Magdalena con una sonrisa.

—Entonces recordarás que a las mujeres nos empiezan a pasar cosas —Sofía retoma el tema y le aclara—. Por papá y mamá no te preocupes, prefiero que nuestro encuentro quede en secreto. Para la materia “Metodología de la investigación” tengo que realizar un trabajo en grupo, es una buena excusa para ausentarme toda una tarde. Puedo decirles que almuerzo con Valentina y que me quedo en su casa haciendo el trabajo práctico ¿Qué te parece?

—Me parece que mentir nunca es bueno —le aclara Magdalena— pero es una buena causa y me encantaría verte. Yo los lunes tengo el día libre, vivo en una parte muy turística de San Telmo donde hay muchos lugares para comer y charlar. O si preferís, puedo cocinar algo y nos quedamos en casa.

—Me encanta la idea de conocer San Telmo, pero quedará para otro momento. Elijo la segunda opción, quiero probar tu comida y conocer tu casa.

—¡Perfecto! ¿El lunes próximo te parece bien? —Le propone Magdalena.

—Sí. Tu dirección ya la tengo, la anoté de la agenda de mamá—le comenta Sofía—. Mi idea es tomar el tren hasta Plaza Constitución y de ahí en colectivo por la Avenida Paseo Colón hasta la Facultad de Ingeniería. De ahí estás cerca ¿No?

—¡Exacto! En la parada siguiente a la facultad está el Colegio Otto Krause. Te bajas ahí que voy a estar esperándote. —La tranquiliza Magdalena.

—¡Gracias tía! Viajar sola hasta Capital es nuevo para mí. Siempre lo hice acompañada y, generalmente, en el auto de papá. Desde hace un tiempo siento la necesidad de empezar a valerme por mí misma —le comenta Sofía.

—Te entiendo y estoy de acuerdo. Viajar es una buena manera de conocer el mundo —la apoya Magdalena y continúa—. Solo te pido un favor ya que me siento responsable y no quiero que te pase nada malo; recuerda siempre que la calle tiene sus riesgos. No te distraigas, este mundo está lleno de personas buenas y otras no tan buenas, por eso es preferible estar siempre atento.

—Voy a tomarlo en cuenta tía, acepto tu consejo. Si fuese por mamá y papá, no viajaría nunca en tren. Ellos creen que no hay necesidad de exponerse en vano y esa es su forma de cuidarnos. Yo pienso diferente —continúa Sofía—. Tengo muchas compañeras que viven encerradas en los lujos del Country. Eso puede resultar cómodo, pero esa no es la realidad. La realidad está afuera, y creo que a determinada edad uno tiene que empezar a conocer esa realidad.

—Me agrada tu inquietud y tu interés por conocer el mundo. Por lo que veo no te conformas con un celular y una computadora, eso es bueno —la incentiva Magdalena—. Quizás esté sugestionada por todo lo que escucho en el hospital, pero me nace ser insistente, no te distraigas ni te confíes. En mis años de experiencia en el hospital pude escuchar miles de historias de jóvenes que en un momento sintieron que se llevaban el mundo por delante y al momento siguiente el mundo se las llevó por delante a ellas. No es mi intención generarte miedo, solo te pido que no te confíes. Pero

no quiero aburrirte ni sermonearte.

—Me encanta escucharte y voy a tomar tus consejos —le asegura Sofía—. Cuando nos veamos, también me gustaría conocer esas historias y que me compartas tus teorías.

—¿Teorías? —pregunta Magdalena con desconcierto.

—Sí, teorías. Yo pienso que cada persona se va formando teorías sobre las diferentes cosas de la vida y esas teorías forman la filosofía de vida de cada uno, su forma de vivir o de pretender vivir. Me gusta la filosofía, es mi materia preferida.

—¡Mi biblioteca está llena de libros de filosofía! En ese punto coincidimos — expresa Magdalena sorprendida—. En los libros puedes encontrar muchas respuestas pero siempre te surgen nuevas preguntas. Es un ciclo que no se acaba nunca, y eso lo hace más interesante. Creo que lo mismo pasa con la vida; cuando uno cree que nada nuevo puede pasarte, recibís un llamado telefónico.